

Botón en off

Cristian Lagunas

¿Cómo consigues encender y apagar mi vida a tu antojo?

Presiono ON. Ahí estás de nuevo, me sonríes, anuncias una nueva marca de pastillas reductoras. La cámara se concentra en recorrer tu cuerpo, y tu sonrisa me ilumina el rostro, pero no logro convencerme de que eres real. Estás ahí y miles de señoras encienden sus televisores a las nueve de la noche para ver absortas tu amorío con alguna actriz, tu relación misteriosa con su madre, tu secreto con la prima de ella... Así es siempre.

Fatigada, busco la caja de chocolates. Está vacía. Me consuelo con estas papas fritas que tanto te gustan: crujen entre mis muelas. Reapareces a cuadro: voz modulada y grave, maquillaje en exceso, dices que en cinco pagos tendremos La Solución (el producto que salvará nuestras vidas), y nos pides que hagamos la llamada iya, en este momento, en este mismo instante!

No has sido así toda tu vida.

*

ON. Ajuste de pantalla. Espero impaciente a que den las nueve. Termina el programa anterior. Mientras la serie de imágenes muestra a una mujer paralítica en el hospital, busco bombones en la alacena. Comerciales. ¡Qué impaciencia!

Y tu rostro. El tema cursi de entrada que tarareo. Tu nombre (lo recuerdo siempre) en *No hay pecado*. Ahora esa escena que da infartos a todo el país, la de todas las telenovelas. Siento una cámara enfocarme y suspiro, succiono enseguida las golosinas, una tras otra. Te veo conversar en un café con meseros bien vestidos, con tazas altas brillantes: es como a los que nunca iba pero que ahora frecuento esperando encontrarte. Sé que si así sucediera, vendrías a mi mesa y no hablaríamos sobre negocios, ni sobre esas cosas tan estúpidas que acostumbras

hacer frente a mí en la pantalla. Sí, como esa que haces ahora, en compañía de Viviana, tu novia-coprotagonista. Qué ridículo te ves con ese traje de marca. Recuerdo cuando me decías que nunca querías ser bufón de nadie, pero ahora usas un disfraz a diario, apareces en programas donde te toman fotos y tienes puestos *sunglasses* mientras arrastras una maleta por todo el aeropuerto. Antes, lo único que arrastrabas eran tus pies por toda la escuela, después junto conmigo por las calles aledañas, hasta que conseguíamos sentarnos en el parque y me preguntabas si quería un helado. No sé, respondía, en aquel entonces casi nunca sabía nada. Pero sí a ti, te sabía desde las fibras de tu cabello hasta el laberinto de tu huella digital. Eras todo. Lo sigues siendo en mis ojos, te proyectas paseando en tu convertible por avenidas relucientes. Te veo pensar y me vale un carajo la música de fondo que te acompaña.

¿Me recuerdas, querido, con frecuencia en tus monólogos?

*

Estoy en un café elegante, una famosa actriz está sentada a dos mesas. Siento otra vez que me observan ¿Estaré bien vestida? Quizá hoy te vea entrar. Tras muchos expresos y una cuenta que suma dinero cada cuatro minutos, desisto. Camino a casa, no he comido. Los autos rugen. Las ramas de los árboles se agitan y mi ansiedad aumenta. Necesito llegar para verte, es casi la hora. Cruzo las calles sin ver la luz de los semáforos. Pude haber muerto y tú no te enterarías, ¿o sí? Recuerdo que hace tiempo, cuando intentaba cruzar la calle sin ver, me jalabas del brazo para impedir que me atropellaran. Y claro, yo hacía todo lo que dijeras. Te sugería que fuéramos a comer y aceptabas con gusto, pero yo sufría otro atropello: las chamacas, las pinches chamacas que venían de a tres, en parejas, las más atrevidas por sí mismas, a preguntar cómo te llamabas, si se podían tomar una foto contigo. “No, otra, esta salió fea, qué guapo estás”, decían maquinalmente. Me daban la espalda. Te llamaba por tu nombre (“Matías, oye, Matías”), pero olvidabas mi presencia al anotar tu teléfono en cuadernos de hojas rosadas. Me alegra saber que nunca contestaste sus llamadas. Pero las recuerdo: sus párpados excesivamente delineados, el discurso premeditado. Sentada, apretando el tenedor, me daba cuenta de tu poder sobre ellas, pero sobre todo, de tu poder sobre mí. Me decías tu mejor amiga, sin embargo, ante esas desconocidas me convertías en una extraña. Ahora sentada, apretando el tenedor, me doy cuenta de que tu físico sigue teniendo el mismo poder que antes. Ya no son sólo muchachitas las que se te acercan, he visto ejércitos de mujeres comentar tu apariencia, arremolinarse a tu alrededor por un autógrafo. Muchas parecen haber enloquecido... ¡¿Le estás proponiendo matrimonio a Viviana, la actricita “nunca me he operado”?! Están en un restaurante caro, la cámara los enfoca lento, dando vueltas abrazados, y los extras aplauden su compromiso. Mis ojos están bien abiertos, la observan sobre todo a ella. No me he dado cuenta de mis

lágrimas deslizantes, ni del tenedor que sigue dentro de mi boca, perforándome la lengua, amenazando con abrirse paso hasta la garganta.

*

Y bien. Te vas a casar y el mundo ha perdido la cordura. Menos yo: ¿por qué? Porque soy la invitada de honor: impediré tu boda. Por ello, he dejado las golosinas de lado. Nada más que agua, mucha. Debes verme perfecta. Cero bombones, ningún alimento con tenedor. Sé que cuando llegue al exclusivo lugar del evento y diga “Me opongo”, vendrás a mí: es ahí cuando las envidiosas televidentes verán el FIN (en letras blancas como el vestido), porque las telenovelas siempre terminan con la pareja indicada. Cuánto tiempo te había visto en la tele mientras comía cosas, mientras devoraba todo tipo de chatarra, sintiéndome bella. Me acerco al espejo, doy un par de pasos tarareando la marcha nupcial. Coloco, ciega parcial, el velo sobre mi cabeza. Abro los ojos. ¡Ya no soy bella! ¡Esas ojeras, esa grasa a los costados, estoy hecha una basura!

Más agua, estoy terrible. Debo arreglar este vestido, sí, este velo que en la otra será mortaja.

Antes marco al teléfono de las pastillas reductoras.

*

ON. Colores oscuros. Letras gigantes. Programa de chismes. El agua se derrama sobre el sillón, porque no estás ni en tu Mercedes, ni en el golf, ni en un café, ni en tu casa-mansión. Estás en una camilla de ambulancia, ensangrentado, casi muerto. Los oídos me zumban y escucho a la presentadora anunciando que te atropellaron anoche. El flash de las cámaras reproduciendo tu imagen acentúa el rojo de la sangre. No creo lo que veo. Tengo que llamar a alguien pero no puedo marcar las teclas porque mis dedos tiemblan brutalmente. Debo seguir viendo. No, no debo seguir viendo, si tú estás muerto de qué sirve esta historia.

Mejor llorar y olvidarme de todo. “...está grave en un hospital... al parecer el conductor iba a exceso de veloci...” OFF inmediato.

Oscuridad.

*

A las nueve de la noche no enciendo el televisor. Mi propia vida parece estar en botón de apagado. Cuando te fuiste de la escuela a una agencia de modelos pensé por primera vez que el mundo se detendría. Cuando reconocí tu voz en el comercial de una telenovela por estrenarse se estremecieron mis células. Ese fue el momento en que comencé a vivir de nuevo. Pasan horas (¿días?) y me siento en el suelo, cada vez con menos fuerza para levantarme. Si nos atropellan, nos atropellarán a los dos, te decía cuando me salvabas la vida tantas veces, y ahora me la quitas, no tienes piedad al atropellarme cada que sales a cuadro y tu sombra gigante me cubre por completo. Siempre fui tan poquita cosa. Nunca pudiste fijarte en mí, nunca pudiste ver que si te hubieras decidido a estar de verdad conmigo no estarías en un hospital

privado, en algún pasillo, en alguna cama en esta ciudad. Por eso me corto el cabello con un cuchillo, frente a este espejo que nunca ha logrado transportarme como el control remoto a tu figura. Ya no tomo ni agua, estoy en ayuno total. No maquillaje. No más acicalamiento. No más mentiras. Soy una fea a la que seguro le hablabas por lástima. Otra más del montón. Tú allá arriba, en lo alto de la pirámide televisiva. Ah, no, estás casi muerto y te importa poco que esté yo aquí, que pierda la cordura de a poco...

Estoy tan delgada que en los cafés me dicen que me llevará el viento. No les respondo a los meseros y te espero. Pero no llegas. No llegas nunca. Todo se torna infinito y salgo sin pagar. Camino con mi mínima cintura hacia la esquina (el cabello corto y ya desteñado, las ojeras tratando de oscurecer mi rostro). Lo hago rápido decidida a cruzar la calle, de nuevo sin ver el semáforo, porque ya no estás aquí para salvarme. Ya no estás, ya no estás... Nunca estuviste. Un pie debajo.

—¡Cuidado!

Súbitamente retrocedo. Un auto pasa a gran velocidad frente a mí. Giro la cabeza.

Eres tú.

“¿Está bien? ¿Señorita, está bien?” Pero estoy aturdida y parezco a punto de desvanecerme. El orgullo me invade. “Suéltame”, te digo, tomando la confianza de siempre, y después miro mi cuerpo tan delgado, mis costillas a punto de romper mi piel, luchando por escapar de esta figura miserable. Mis ojos me traicionan y se concentran en tus labios. “Matías, ¿no me recuerdas? Soy Carla, tu amiga de la prepa...” Y me miras.

Silencio.

—¿No me recuerdas, en verdad no?

El semáforo titila.

Luz roja. No respondes. Me miras con desprecio, te alejas rápido y subes a un auto lujoso en la próxima esquina. Sigo aturdida. Caminaré a casa y cuando llegue voy a destapar por fin ese frasco de pastillas. Tú dices que son la solución. Cuando llegue y tenga frío y no estés ahí, no me verán millones de hombres por televisión, no habrá nadie apuntándome con una cámara, nadie tomándome fotos, no habrá nada. Estará el botón en *OFF.LC*

CRISTIAN LAGUNAS. Ha formado parte del Programa de Escritura Creativa de la Universidad del Claustro de Sor Juana y realizado estudios en la Fundación Pedro Meyer y el Centro Toluqueño de Escritores. Colaborador en el semanario *El Espectador*, de Toluca. Sus textos han sido publicados en la revista *EL6A*, en Santiago de Chile, así como en una antología de próxima publicación, compilada por Claudia Guillén.